

El cuerpo psicoterapéutico como órgano de la experiencia

The Psychotherapeutic Body as an Organ of Experience

CAMILO SERRANO BÓNITTO

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario
Colombia

Acta fenomenológica latinoamericana. Volumen III (Actas del IV Coloquio Latinoamericano de Fenomenología)

Círculo Latinoamericano de Fenomenología

Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú; Morelia (México), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
2009 - pp. 325-330

La experiencia psicoterapéutica constituye simultáneamente el fundamento y la finalidad de toda práctica psiquiátrica, independientemente de cualquier postulado teórico que la promueva. En los tiempos actuales, en los cuales se hace difícil relacionarnos con los otros, esta experiencia corre el riesgo de convertirse en una simple abstracción. De allí la necesidad de salvaguardar el cuerpo psicoterapéutico, y de intentar una definición del mismo a través de su mundo (con las presencias e intercambios que surgen en sus múltiples encuentros) y de su vitalidad (con la afectividad y la fuerza que la caracterizan). El cuerpo psicoterapéutico representa el garante natural de una recepción y de un diálogo óptimos para comprender y asistir al Otro en su sufrimiento.

Psychotherapeutic experience turns out to be the foundation and aim of all psychiatric practice, independently of any theoretical assumption that promotes it. Nowadays, wherein the relation with others is really difficult, this experience has the risk of turning into a simple abstraction. Thus results the need to safeguard the psychotherapeutic body and to attempt its definition through its own world (with presences and exchanges arising in its multiple encounters), and its vitality (with the affectivity and force that characterize it). The psychotherapeutic body represents the natural guarantor of an optimal reception and dialogue to understand and assist the Other in its suffering.

§ 1. Introducción

Una de las innumerables implicaciones de la fenomenología en el campo psicopatológico consiste en permitirnos observar y comprender la constitución de la realidad y su revelación ante nosotros y en nosotros, no solamente como sujetos en relación activa con nuestro mundo, sino también como sujetos *de nuestro mundo*. Doble condición que favorece el conocer *la realidad de la realidad* de la vida del Hombre en su mundo.

Este importante hecho nos asigna desde un principio una postura abierta frente a lo psicopatológico en particular, y frente al sufrimiento del ser humano en general. Postura que, paradójicamente, no reviste condiciones definidas de una vez por todas; como si, en cada ocasión, lo concerniente al sufrimiento del ser humano estuviera para ser observado y comprendido por primera vez.

Por otra parte, al considerar las diferentes maneras como una realidad se constituye y se establece independientemente de su contenido temático o empírico, la fenomenología nos permite adentrarnos en el campo de la psicopatología desde la experiencia viviente del ser humano, y no desde su psicología. Así, los elementos constitutivos fenomenológicos y antropológicos del *ser sufriendo en situación* cobran toda su importancia, favoreciendo una más amplia comprensión de su experiencia en el mundo de su vida.

§ 2. El cuerpo psicoterapéutico como realidad

Precisados estos aspectos, es de esperar que los elementos que estructuran la psicopatología sean de la misma naturaleza que la de aquellos que constituyen la trama de todo vínculo psicoterapéutico. No podría ser distinto en una relación cuyo sentido

encontramos por lo menos en tres niveles: a) como recepción en la inmediatez; b) como pausa en la justa distancia, y c) como profunda solidaridad. La co-incidencia de estos tres niveles prefigura la constitución de un cuerpo psicoterapéutico cuya realidad es particular, en la medida en que nos remite a la singularidad de cada encuentro, a la vez que universal, ya que trasciende las diferentes culturas.

A continuación, veamos cómo se revelan ante nosotros las dos facetas propias de este cuerpo, a saber: a) la constitución del cuerpo terapéutico, es decir, *el mundo de ese cuerpo*, y b) su autoconstitución, o, en otros términos, *la vida de ese cuerpo*.

§ 3. El mundo del cuerpo psicoterapéutico

Para que el cuerpo psicoterapéutico sea real debemos suponer la confluencia de diversas revelaciones que intentaremos ilustrar refiriéndonos al fenómeno del *encuentro*. Este fenómeno, cuya descripción ha sido objeto de algunos de nuestros estudios anteriores, implica ante todo la coincidencia en el tiempo y el espacio de dos o más entes u objetos, independientemente de que éstos tengan vitalidad propia o de que cobren una gracia justamente al encuentro. Además, su forma verbal reflexiva, *encontrarse*, permite pensar que esa coincidencia es posible de darse con uno mismo.

En el campo psicoterapéutico, esta última acepción implica que nos encontramos con el Otro al tiempo que nos encontramos con nosotros mismos, en una confluente gestación del *ser-sufriente* y del *ser-terapeuta*.

Surgen así dos aspectos fundamentales de todo encuentro psicoterapéutico que son, a la vez, constitutivos de su mundo: *la presencia y el intercambio*. Apariciones entre sí de dos mundos que, a través de incontables sinergias, comuniones, resistencias y oposiciones, permiten la *presencia* del uno frente al otro.

La naturaleza del estrecho vínculo entre presencia e intercambio nos permite constatar, en efecto, que no existe intercambio sin presencia. Igualmente, que la presencia excesiva anula toda posibilidad de aquél. Y en último lugar, que un intercambio que no confiera dignidad a la presencia le resta inexorablemente su vitalidad.

Sin embargo, además de lo hasta aquí expuesto, debemos señalar otro hecho substancial y, sin duda alguna, fundacional de la constitución del cuerpo terapéutico. Para un breve análisis de este hecho, remitámonos al *Diccionario de uso del español*, en el que encontramos una acepción de la palabra *encuentro* que dice así: "Claros que se dejan al imprimir para después estampar allí letras con tinta de otro color"¹.

Claros en la estructuración interna del cuerpo psicoterapéutico. Soporte sin el cual la *presencia* y el *intercambio* no podrían representar las bases de la reciprocidad asimétrica de toda relación psicoterapéutica. A la vez, esperanza de los posibles destinos de esta relación. Claridad y opacidad de todo encuentro, desde sus orígenes.

¹ Moliner, María, *Diccionario de uso del español*, dos volúmenes, Madrid: Gredos, 1998, segunda edición, p. 1109.

La importancia de este hecho es tal que, si bien es cierto que paciente y terapeuta están el uno frente al otro, no podríamos concebir un cuerpo psicoterapéutico dotado de una vitalidad propia si no están el uno con el otro. Este fenómeno, que no es otro que el fenómeno de la presentación, es parte esencial de la urdimbre del mundo intersubjetivo. Siempre la misma y siempre en asociación con diversos núcleos de *presentaciones*, la *apresentación* afianza la identidad del cuerpo psicoterapéutico. Así, el mundo de éste, constituido por la múltiple confluencia de *apresentaciones* y *presentaciones* y de los encuentros que de ella se desprenden, favorece que la dimensión de nuestra corporalidad sea ampliamente representada por el cuerpo que somos, el cuerpo que tenemos y el cuerpo que formamos con el Otro.

§ 4. La vida del cuerpo psicoterapéutico

Describamos a continuación la segunda faceta inherente a todo cuerpo psicoterapéutico, que es su vida. Decíamos en un principio que la vida, a diferencia del mundo, supone la autoconstitución de este cuerpo. El hecho de que la vida se sienta, de que no necesite el presuponer distancias y horizontes, lejos de invalidar su valor fenomenológico, pone de manifiesto una característica fundamental de ésta, la *afectividad*. Esta última parece corresponder a la esencia de toda prueba vital, es decir, a su realidad fenomenológica.

Por otro lado, la vida se contiene en ella misma, lo que constituye fundamentalmente su *fuerza*, es decir, su vigor y el poder de abrirse al mundo. Por último, al prescindir de distancias y de horizontes, la vida, en su autoconstitución, se llena de tensión de ella misma, sin posibilidad de sustraerse a ello. Y es esta tensión la que obliga a la vida a sentirse, *soportándose* y *sufriéndose* a cada momento, sin pausa posible. Cuando la tensión parece llegar a niveles excesivos, y a veces insoportables, la *afectividad* y la *fuerza* de la vida le permiten a ésta recobrar la posibilidad de autotransformarse.

Como cualquier otro cuerpo, el cuerpo psicoterapéutico es así mucho más que la unión de sus partes (en este caso, de las personas implicadas en la relación), que buscarán crear una identidad reconocible. Gracias a autoconstituirse en la vida, este cuerpo es la esencia misma de esta unión.

Ser-sufriente y ser-terapeuta son asignaciones originarias del ser humano. Vivir ambas experiencias constituye una potencialidad implícita en cada uno de nosotros.

§ 5. El cuerpo psicoterapéutico como órgano de la experiencia

La psicopatología representa un abordaje indispensable para conocer ordenadamente las vivencias y las manifestaciones patológicas de la vida. Sin embargo, su arraigo

en el campo de las ciencias exactas implica una postura positivista que tiende a reducir cada vez más el objeto de estudio, a saber, el sufrimiento psicológico, a una sumatoria de síntomas y a una categorización del dolor.

El actual avance tecnológico envuelve progresivamente a la ciencia médica. Muchos son los logros de la medicina que se basan en los constantes cambios de las evidencias patológicas, clínicas y terapéuticas, lo que nos ha permitido escuchar que la verdad en medicina dura aproximadamente cinco años. Al mismo tiempo que este hecho parece irreversible, es preocupante ver cómo, cada día de forma más contundente, se desvanecen axiomas que iluminaron desde siempre nuestro oficio. Incluso, implica un gran esfuerzo recordar muchos de ellos, como aquel que dice que sin psicoterapia la psiquiatría y la psicología clínica no podrían existir.

Es en gran parte nuestra responsabilidad que el dolor del ser humano sea concebido cada vez más como una variable estadística, que el cuerpo psicoterapéutico sea exclusivamente un soma, y que la relación psicoterapéutica se haya convertido en muchos casos en una simple abstracción.

Por fortuna surgen también llamados tutelares, como es el caso de la fenomenología, que renuevan inquietudes propias al ser humano desde sus orígenes, inquietudes referentes a cómo se constituye una realidad y a cómo esa realidad constituida es lo que es para cualquiera de nosotros. Somos conscientes de que a estas inquietudes no podemos hoy en día responder con claridad. Pero también somos conscientes de que nunca podremos dejarnos de plantearlas.

El cuerpo psicoterapéutico es en gran medida fuente inextinguible de la *realidad de la realidad* en psicopatología. Los niveles de sentido que en él se establecen, y que, recordemos brevemente, al menos son tres: el de la inmediatez, el de la distancia y el de la solidaridad, ilustran el despliegue de la fuerza en su propia vitalidad, así como el constante renacer de múltiples encuentros en sus propios mundos.

Lo humano de los encuentros psicoterapéuticos, consubstancial a sus elementos y, a la vez, devenir común de aquellos, nos permite definir el cuerpo psicoterapéutico como un órgano, es decir como una interminable y afortunada confluencia de diversos miembros, siempre connaturales.

La experiencia que se pretende lograr a partir de la constitución del cuerpo psicoterapéutico contempla la progresiva estructuración de la presencia en curso, que con coherencia y convicción de pertenencia favorezca la autonomía suficiente a sus diversos destinos posibles.

Por lo tanto, señalemos que la experiencia psicoterapéutica debe ser aquí entendida como una finalidad por alcanzar a través de la comprensión del sufrimiento y en el desarrollo de nuestra asistencia, y no como el apilamiento de pruebas pasadas que, siendo en principio suficientemente entendidas, puedan ser luego aplicadas.

Permitir que el cuerpo psicoterapéutico nos guíe en busca de esa experiencia es avanzar por nuestro camino... regresando a las cosas mismas.